

# Riqueza y Pobreza (Fundamentos acerca de sus relaciones)

Carlos León González

“Wealth and Poverty ( Basics about their relationships )”

## Resumen

La biología, por su organización, configura el punto de partida de las relaciones que la sociedad asume y recrea, como propias, para generar su perseverancia en la realidad. Convergen en la toma de los cuerpos ajenos para disponer de los objetos alimentarios y reproductivos que forman la inmortalidad de la vida, natural y social. Divergen respecto a que la posesión de los objetos, en la naturaleza, constituya, una fuente material de acumulación y diferenciación individuales, como lo es en la sociedad.

No hay diferencias en cuanto al tener, si las hay respecto a la magnitud de lo que se tiene. En la naturaleza nadie tiene más de lo que necesita. En la sociedad sí; su consecuencia: muy pocos tienen más de lo necesario y muchos poseen menos. Los conceptos de riqueza y pobreza se incuban en esta matriz. Cuantitativamente, rico, es quién tiene mas; pobre, quién posee menos. Cualitativamente, rico, es quién tiene los medios para hacer vivir a los demás, pobre, es quién no tiene los recursos para vivir por sí mismos. Por esto la riqueza alude a la toma los cuerpos ajenos y la pobreza demanda entregar los cuerpos a otros para sobrevivir.

Cualitativamente extinguir la pobreza es eliminar la riqueza; cuantitativamente desaparecer la pobreza no parece demandar la muerte de la riqueza. La comprensión social va por lo cuantitativo. Y ello, por su sentido natural, supone redistribuir o agregar crecimiento para adicionar poco a lo poco, posibilidad última que el desarrollo de la producción parece empezar a desechar. La razón es obvia: no hay expansión sostenible en un mundo finito. La salida de este atolladero existe como cualidad de vida de los pueblos originarios: existir al margen de relaciones generadoras de pobreza y riqueza, tener menos y no desear más de lo que se necesita. Al final la naturaleza se impone y las sociedades deben verse como ella, lo que en el fondo son.

**Palabras clave:** Sociedad, naturaleza, hacer, tener, ser, riqueza, pobreza, crecimiento, límites, decrecimiento.

## Summary

Biology, for your organization, set the starting point of the relationship that society assumes and recreates, as their own, to generate their perseverance in reality. Converge in making outsiders to provide food and reproductive objects that form the immortality of life, natural and social bodies. Diverge regarding the possession of objects in nature, constitute a material source of accumulation and individual differentiation, as it is in society.

No differences in the take, if any relation to the magnitude of what you have. In nature, no one has more than he needs. In society itself; the result: very few have more than you need and many have fewer. The concepts of wealth and poverty are incubated in this matrix. Quantitatively, rich, it is who has more; poor, who owns less. Qualitatively, rich, it is who has the means to live for others, poor, is who can not afford to live on their own. Therefore wealth refers to making the foreign bodies and poverty deliver the bodies to demand others to survive.

Extinguish qualitatively eliminate poverty is wealth; quantitatively disappear poverty does not seem to demand the death of wealth. Social understanding is on the quantitative. And this, for its natural sense, means growth redistribute or add little to add to what little chance the latest development of production seems to start to discard. The reason is obvious: there is no sustainable expansion in a finite world. The output of this quagmire exists as quality of life of indigenous peoples exist apart from generating relationships of poverty and wealth, have less and not want more than what is needed. At the end nature prevails and societies must be like her, what are at bottom.

**Keywords:** Society , nature , do, have , being, wealth, poverty , growth, limits , decrease.

Recibido 15/09/2015 - Aceptado 16/10/2015

Publicado como Artículo Teórico Revista de la Universidad de Guayaquil 2015 2(3)

Nº 120, Mayo - Agosto 2015, pp. 5 - 14

ISSN 1019 - 6161

La naturaleza exhibe una estrecha asociación entre la diversidad de individuos que la integran con el fin de producir, por muerte y reproducción sexual, la inmortalidad de éstos; es su armazón básica y no ocurre de otro modo. Lo observable son conductas que hacen del sexo con fecundación el sostén, a largo plazo, de una organización alimentaria que demanda, cotidianamente, la muerte individual. La vida vive de la vida, escribió Jay Gould.

Se trata de un orden que orienta la acción individual a tomar tiempo de los otros para extraer energía al ingerir la masa que forma sus cuerpos. Da Vinci lo precisó bien al señalar que cada uno mantiene violentamente su existencia. Lo vivo posee armas de defensa y ataque. La Biología conforma un aparato armado puesto que la lucha por el alimento, reitera Jay Gould, también consiste en evitar ser alimento. La variedad de la vida y los nexos tróficos entre los alimentos que se alimentan, ya que sólo lo vivo es comestible, no tienen otro propósito; configuran rutas para la circulación de la masa y la energía. El nexo entre presa y depredador es su divisa central.

De ahí que la regla general de este sistema es tener al otro como objeto alimentario y reproductivo. Lo primero está referido al diferente de uno como especie; lo segundo no, aparece circunscrito, desde el sexo con fecundación, a tomar los cuerpos de las hembras de la especie con el fin de engendrar y criar los alimentos para el porvenir. Su resultante es doble: extraer y transferir tiempos para uno y para la progenie.

Tener-comer y tener-mujer, dirá Attali. No es todo. El tener-mujer involucra el tener-hijos y, desde estos, se traduce como tener-progenitores. La supervivencia de la vida es el efecto conjunto de la muerte y de la reproducción sexual.

Attali no menciona otro factor asociado a la exigencia de tener al otro: el tener-espacio. Nos referimos a los lugares en los que habitan los alimentos que lo alimentan a uno y a la descendencia y también aludimos a los sitios destinados a la nidificación y procreación, áreas demandadas siempre por la organización alimentaria y la selección sexual. Es imposible ser o existir sin tener espacio; la naturaleza no se estructura al margen de él. La historia y los Estados nacionales, tampoco; la redefinición de fronteras es reiterativa. Así como no hay cuna sin tumba, tampoco hay cuerpos sin lugar. Se tiene y se es, siempre, en un lugar; hablamos de toda dirección domiciliaria.

No existe hacer individual orientado a no tomar los cuerpos que alimenten y reproduzcan a uno.

La programación es simple: león, si ves una gacela ataca; gacela, si ves un león huye. Se requiere la muerte del objeto alimentario, sí, pero también configura el momento preferido de morir, hacerlo luego de la reproducción sexual. Natura protege la vida si se muere antes de ese tiempo.

Siguiendo a Sen, aún en biología, no se trata de lo que individualmente ha sido obtenido sino de los cuerpos que deberán tomarse en el futuro. Lo que él refiere, respecto al hacer del individuo en sociedad, como la capacidad para conseguir realizaciones valiosas y vivir socialmente como uno ha elegido, no diverge de la biología, esto es, de la facultad individual para adaptarse, evolucionar y perseverar en la realidad como un sujeto que pertenece a tal o cual especie.

Se es en el hacer y se tiene lo que se hace; ambos son los ejes del tener para existir. Hacer y tener están relacionados. Su secuencia es obvia. No es posible tener sin hacer.

Maturana comparte esto; ser perro en el perrear, ser mosca en el mosquear, precisa. Perrear, mosquear, cocodrilear, la lista de las profesiones que existen como diversidad para extraer, tomar y transferir tiempo del cuerpo de los otros es larga. La historia tampoco procede de otro modo. Ella, al ser desarrollada por zoosapiens, ineludiblemente está referida al tener; poseer rebaños, esclavos, tierras, asalariados, conocimientos, es la secuencia que describe Attali.

Podemos diferenciar, desde nosotros, los oficios y las relaciones sociales como distintos modos institucionales y prácticas históricas de hacer para tener. Es imposible excluir los vínculos entre el tener y el hacer, del ser, ambos se fusionan. Uno es lo que hace y se es en lo que se toma y se tiene. En la naturaleza la vida carente de objetos para hacer, tener y ser no es factible, los cuerpos ajenos son indispensables.

Por esto el perro está perurgido de ser en el perrear y el cocodrilo de existir en el cocodrilear, el asalariado está obligado a ser tal en el asalariarse y el Señor feudal, para devenir tal, requiere ser propietario de tierras y hombres.

Así, ser y tener al otro convergen en el hacer; los cuerpos se toman para tener y ser, siempre. Esto en un marco de tiempo limitado, finito, de existencia individual e histórica desde nosotros.

Vista así la cuestión es innegable la existencia de vasos comunicantes entre Historia y Biología. A

ambas les corresponde lo que es inherente, a cada una de ellas, como logros vitales.

Estar vivo, alimentarse, reproducirse y evolucionar será siempre lo más importante en Biología. La Historia no reniega de esto, lo asume desde lo específico que significa ser zoosapiens, esto es, crear, producir y transitar entre variados objetos técnicos y diferentes formas históricas de organización social para estar en la realidad. Lo histórico diferencia al pasado del futuro. Estamos, por nuestro diseño biológico, técnica e institucionalmente, abiertos a la novedad, abocados a una acción humana que forma una dirección temporal irreversible para tomar, tener, permanecer y ser forjando, ineludiblemente, relaciones o vínculos sociales. Condición de diseño y hacer no observable en otras especies. Nadie verá jamás que un elefante trabaje para un tigre y nunca será posible mirar a dos tipos de cánidos intercambiar unos huesos por otros; ejemplificamos. Nuestras capacidades para formar relaciones sociales, lo específico de nuestra especie, son intransferibles.

La crítica que Erich Fromm realizó al analizar, desde nosotros, la relación entre tener y ser, y proclamarla, luego, como la manera fundamental de la existencia humana, nos ilustra nuestro modo de vinculación social con la biología, y nuestra sujeción a ella, al percibir el potencial conflicto que, desde nosotros, aparece como violento antagonismo entre tener y ser.

Si la economía exige crecimiento, escribió, ello, respecto de nuestra conducta social e individual proclama la ausencia de límites materiales al plantearse que no se es en el hacer y que sólo se es cuando más se tiene; modo de vida desde el cual Fromm identificó la avaricia y fundamentó su prédica de que la economía capitalista, como forma social del actual modo de vida histórico del zoosapiens, es, por su tendencia a la expansión físicamente ilimitada, una enfermedad mortal. Su razón fue simple: un crecimiento infinito no armoniza con un mundo finito; asunto confirmado cotidianamente, según Georgescu-Roegen, por la termodinámica.

Conflicto notorio puesto que la naturaleza, aunque lo haga desde nosotros, en realidad no se organiza desde el tener más, y sí desde el tener únicamente lo que se necesita. En ella no hay espacio para lo superfluo.

Por esto jamás podrá constituir una realización valiosa, todo aquello que amenace la inmortalidad de la vida y que Schweitzer refirió, desde la acción humana, como la conversión del hombre en super-

hombre; esto por devenir él, al rechazar la hipótesis del límite o por no reconocer la transitoriedad del crecimiento material, en un pobre hombre. Un amor por la expansión física de la producción que modela el corazón de lo que propone y organiza la Macroeconomía: la expansión anual del PIB y del PIB per cápita.

Que el crecimiento económico nos conduzca a la escasez, y a la muerte, no es una cuestión fácil de percibir pese a que Menger lo planteó en el siglo XIX al conceptualizar lo que llamó bienes económicos.

A escala individual si hay conciencia de la existencia de límites y son identificables; lo son en el plano del tener-alimento y del tener-mujer. Toda tenencia individual tiene límites, aunque sea mucha. Menger y Robbins, lo advirtieron. Sólo se necesita mientras se está vivo por lo que las necesidades individuales están limitadas indicó el primero; la escasez norma, hay que calcular, racionalizar; todo presupuesto para actuar y elegir tiene límites, postuló el segundo.

El que la muerte y el cuerpo, por ser único para todos, estructuren límites al tener hace posible discriminar entre lo normal y lo patológico, al tener a otros.

Lo normal: nacer y crecer hasta el límite que configura el tamaño de la especie; lo patológico es bidimensional: nacer sin crecer o nacer sin dejar de crecer. Lo normal: aquello que el sexo con fecundación multiplica lo descuenta la organización alimentaria, por tanto, no hay crecimiento de poblaciones, regla que conservaría, cualitativa y cuantitativamente, la biodiversidad; lo patológico: la expansión no limitada de una población por contracción sistemática de la diversidad de la vida. Lo normal: cada oveja con su pareja; lo patológico: el acaparamiento de mujeres, premisa que hace del soltero, del que no tiene mujer, un peligro por buscar reproducirse. En Macroeconomía, lo normal es el crecimiento; lo patológico, las crisis o ausencia de crecimiento. Situación que fundamenta la manera de ver lo que hoy se percibe como ciclo económico y, desde él, la orientación de la política económica. Por esto, la cura de esta enfermedad, una teoría relativa al decrecimiento, no es algo contenido aún en el cuerpo de la teoría económica ortodoxa.

Lo que es normal en Biología, la constancia de las poblaciones, es, desde la Macroeconomía, lo patológico, es un doble multiplicar de cuerpos, de la producción y de la población. Desde esta perspectiva,

bien puede decirse que la política económica, al estar orientada al crecimiento, no deja de ser un regalo envenenado. Otros reconocerían esta proclividad a la enfermedad como el fin de la sociedad de riesgo cero, hablamos de un tipo de riesgo que sale a la calle y que no puede ser confinado a las fábricas.

Pero la configuración de esta huida de lo normal, esto es, la patología que escenifica el superhombre devenido en un pobre hombre, no sería otra cosa que la expresión social e histórica del modo en que la naturaleza ha diseñado, desde nosotros, una reducción de los tiempos que han sido necesarios en otras oportunidades para que se produzcan las grandes extinciones de especies, y con la finalidad de reiniciar más prontamente su trabajo evolutivo.

Consecuencia que Da Vinci nos permite percibir: la muerte masiva de especies despierta, siempre, la acción de la evolución, o, lo que es igual, la creatividad de la naturaleza, escribió en sus Aforismos.

Así, sociedad y naturaleza convergen, irremediable e ineludiblemente, es lo que postulamos. Actuamos para perdurar y, al mismo tiempo, laboramos hasta ahora para que Natura no tenga que esperar mucho tiempo para reiniciar, de modo masivo, su trabajo creativo. Pero lo imperativo es perdurar, diferir la muerte individual y de la especie.

Por esto, y desde un plano histórico que asume la determinación biológica, es imposible existir y perdurar, individual y transitoriamente, sin tener una institucionalidad que facilite la toma del cuerpo de los otros; y por ésta condición, toda organización social, al extraer tiempo de los cuerpos ajenos, requiere forzosamente ser excedentaria. La sexualidad con fecundación lo es y los nexos entre las clases para formar riqueza y toda idea de eficiencia y eficacia serían imposibles sin ello.

Su consecuencia es construir un principio: hay que transferir, a partir de la apropiación de los cuerpos ajenos, tiempos para vivir más uno, tiempos para que viva la progenie de uno y tiempos que formen y forjen la diferenciación social de uno. Lo excedentario no es una invención humana; es la base de organización de lo vivo, condición que origina y organiza, por muerte del exceso de vida, toda posibilidad de inmortalidad biológica, lo reiteramos. La historia expresa el desarrollo de nuestra capacidad, como especie, para apropiarse excedentes mayores, esto es, la facultad para dirigir hacia nosotros crecientes magnitudes de masa y energía, cuestión que permitió estructurar, sobre todo, lazos entre no consanguíneos, nexos que Morris reconoció como supertribus.

Sobre esta base, la masa y la energía convergen para formar más tiempo de vida individual

Lo excedentario es una exigencia de desigualdad. Naturalmente, el tiempo y gasto energético incurridos en el trabajo de cazar deben ser menores a la cantidad de energía y tiempo extraíbles de las masas de los cuerpos capturados o domesticados. E, histórica y socialmente, el tiempo de la jornada laboral de los cuerpos que trabajan para uno debe ser mayor al tiempo de trabajo que le es efectivamente retribuido para formar beneficios y diferenciación social

Pero también lo excedentario es, simultáneamente, una exigencia de equilibrio, un límite; no es posible transferir una magnitud de tiempo superior al tiempo extraído de los cuerpos ajenos.

Así el sexo con fecundación, que tiene su multiplicador, es asimilable a la reproducción del capital, que también posee su multiplicador en la tasa de acumulación; ésta, al igual que la renta del suelo, debe ser tan fecunda como una mujer en cinta. El capital funciona como un bien fértil diría Attali. Todos, biológica y socialmente, nos nutrimos de tiempos transferidos o extraíbles de los cuerpos ajenos que nos alimentan. Y pocos de los cuerpos que los enriquecen. Ninguna sociedad, en última instancia y por su raigambre biológica, podrá dejar de ser extractivista.

Hay naturalmente límites para la cesión y absorción de energía y, por extensión, de tiempos.

Naturalmente nos es imposible, por caso, ingerir plumas y huesos. Además, nuestro aparato digestivo tiene un tamaño definido, una velocidad de digestión y no asimila toda la energía ingerida, tiene una función excretora de desechos; 3 restricciones por las que se pierde masa y energía. Hay otro límite fisiológico con claras implicaciones para la acumulación: es imposible transferir tiempo y energía, y permanentemente, por 24 horas diarias; debemos dormir y soñar, sólo ejemplificamos.

Vemos, desde la biología, una apropiación reiterada de excedentes que por su origen y grado de eficacia en su uso no puede construir crecimientos de población ya que lo vivo se alimenta de lo vivo Y, como su gemelo, vemos que es imposible reproducir y acumular capitales sin quiebras empresariales; evidente reiteración, desde la sociedad, relativa al hecho de que la reproducción sin muerte es imposible.

Así la Macroeconomía, por su orientación al crecimiento y la Biología, organizada en la constancia de

las poblaciones, divergen. La segunda se adapta, con violencia, a la lógica de la primera, razón que explica hoy la acelerada contracción de la biodiversidad.

Por esto es que la Macroeconomía no deja de ser, según nosotros, como razón y práctica de Estado, la teoría del superhombre transformado en un pobre hombre.

Ahora bien, por todo lo referido, postulamos que es imposible pensar la historia y la economía conocida al margen de la capacidad individual, biológica y social, de tener al otro; cuestión que, justamente, es la base de la organización alimentaria de la naturaleza y es lo que nutre el estómago de la producción social.

Esto es y será, siempre, el punto de partida; la dimensión del ser, para ambas, es precisamente la del tener, la del tener al otro, la de poseer uno el cuerpo de los otros, la de hacer para tener.

La Macroeconomía, señalamos antes, se identifica con el tener más para ser. Su concepto de riqueza parte de ahí, es aditivo, es crecimiento. Pero la riqueza al medirse no está jamás referida a la tenencia del cuerpo de los otros, es lo que no se valora. El PIB, por caso, su indicador principal, está referido a tener y justipreciar todo hacer que emerge de la actividad del cuerpo de los otros y excluye, al aludir a la riqueza de la nación, toda expresión directa de propiedad individual. El PIB per cápita es tan real como una ilusión puesto que no refleja el status de distribución de la propiedad y no traduce el consumo de nadie.

Los objetos vivos que se tengan en poder de uno no pueden tener precio. El precio de una vaca, ejemplificamos, no es algo que verdaderamente exista; lo real son los esfuerzos y costes incurridos por el criador del animal que aparecen como precio de éste. Es igual decir que al pagar por el precio del pescado nunca pagaremos por el pez; reconocemos, si, el esfuerzo de captura y traslado a la mesa de nuestro comedor, nada más. De otro lado la Macroeconomía al desplazar hacia el concepto nación toda noción de propiedad individual y de riqueza permite a Heilbroner encontrar en el Estado Nacional al sujeto al cual referir el tener, para diferenciar a unos Estados de otros. Así EEUU, por caso, es más rico que la India, si y sólo si, por disponer de un potencial de producción y consumo mayor.

El tener más o menos distingue a naciones e individuos. La diferenciación social y de desarrollo asume una expresión cuantitativa. Tener más, tener menos, Heilbroner lo ilustra bien.

Un automóvil por cada 1.000 habitantes es una disposición de riqueza mucho menor que 422 automóviles por cada 1.000 habitantes, anota.

Así el concepto de riqueza se apropia del tener más y el de pobreza se adueña del tener menos; ambos conceptos no se diferencian en cuanto al tener sino con relación a la magnitud de lo que se tiene; pobreza, a diferencia de la riqueza, aparecerá como tener poco

Así La concepción de riqueza no parte de la premisa de tener al otro, al cuerpo del otro como fuente de riqueza, sólo asume su resultado. Por ello decimos que los nexos sociales se ocultan en el tener. Así para la Macroeconomía abundancia es disponer del resultado del hacer de los cuerpos de muchos otros, es lo que conceptualiza y su contrario, el tener poco, como expresión de pobreza, se infiere. No pregunta sobre la capacidad individual de tomar, socialmente, los cuerpos ajenos. Vemos así un desplazamiento desde la tenencia de los cuerpos vivos hacia la posesión de los cuerpos fabricados, los productos del trabajo, lo que oculta la condición social para conceptualizar la riqueza y al sujeto rico. Tener uno los cuerpos hechos con el cuerpo de los otros no se derivará del tener el cuerpo de los otros. Al tener sus extensiones, no los cuerpos productores, sino los cuerpos producidos, el intercambio mercantil nos remitirá a estos cuerpos, los únicos que pueden valorarse y tener precios.

Así riqueza y pobreza significan, respectivamente, poseer muchos, o pocos, cuerpos fabricados que aún posean tiempo de uso. Todo enraíza en la dimensión cuantitativa del tener.

Ahora bien, tal como plantea Fromm, existe en esto un potencial conflicto; lo que se tiene puede perderse.

Al cristalizar el hacer de uno en un cuerpo exterior al cuerpo de uno mismo, la pérdida se vuelve materialmente posible. Por esto las hienas pueden arrebatarles sus presas a los leones. Pero justamente por esto la usurpación de la propiedad ajena ha sido una de las fuentes históricas de la organización social. Marx se refirió a ella, respecto al capitalismo, como acumulación originaria. Su significación social es doble. La primera: tener el cuerpo de uno sin tener uno medios productivos que den acceso a los cuerpos producidos por los otros, la primera. La segunda, su inversa: tener uno los medios productivos que los otros no tienen para hacer posible el acceso de uno a los cuerpos producidos por los otros como modo de poseer el cuerpo de los otros y de tener el cuerpo de uno mismo.

El fundamento de ambos y complementarios modos de esta forma de estar en la historia es la violencia: significa unir lo separado y conservar a la vez dicha separación.

Es como el matrimonio: unión de cuerpos separados que persisten en su separación física. Nuestra existencia está lejos de ser como la del macho fusionado al cuerpo de la hembra.

Lo que más identifica a la Economía con la Biología es, precisamente esto.

En biología toda acción individual está referida al hacer del cuerpo de uno mismo para hacer el cuerpo de uno mismo. No hay acción individual para perseverar que se exteriorice al margen del cuerpo de uno mismo. Hacer el propio cuerpo será la resultante de toda actividad. Por esto el hacer alude siempre al tener el cuerpo del otro como resultado del hacer del cuerpo de uno mismo para conservar el cuerpo de uno mismo.

Tener un cadáver que comer es una condición exterior al cuerpo de uno mismo formada por el hacer del cuerpo de uno mismo para hacer el cuerpo de uno mismo.

En nosotros no ocurre algo diferente si disfrutamos del hacer de un criador de ganado o si estamos ante un cebiche de camarones para hacer el cuerpo de uno mismo, ejemplificamos. Incluso esto no sería diferente si el elemento exterior al cuerpo de uno mismo no son los cuerpos de los otros que se toman sino los cuerpos que fabricamos: relojes, refrigeradoras, autos, satélites y más. No es casualidad que Freud considerara al hombre como un dios con prótesis.

Estos cuerpos inorgánicos que, indirectamente, producimos para alimentarnos y reproducirnos, son tan verdaderamente exteriores al cuerpo de uno mismo como pueden serlo los objetos alimentarios, y son cuerpos fabricados para fusionarlos al cuerpo de uno mismo. En este sentido alimentarse no es tan diferente de vestirse o de usar binoculares, a excepción de que el tiempo de uso contenido en los objetos no alimentarios se los toma más lentamente.

Por tanto lo medular es el acceso a ellos. Fabricarlos es la condición básica de acceso. Uno tiene lo que hace. Uno es propietario de las exterioridades que construye. Un guisado por comer, un par de zapatos por calzar, por caso. Pero se puede ser dueño de las exterioridades construidas por los cuerpos de los otros cuando socialmente es posible poseer

los cuerpos de los otros al no disponer éstos de propiedad alguna sobre los cuerpos productores de cuerpos, y si tenerla uno.

Por esto, al vincular a los productores a través de los cuerpos producidos, el cambio mercantil no es incompatible con ninguna de estas formas. Su organización como lazo entre productores estructura sus nexos sólo con los cuerpos producidos, incluyendo históricamente en tales nexos al cuerpo de uno mismo. Es un canalizador eficaz de la violencia, lo reiteramos; comprar esclavos y pagar salarios lo ejemplifica bien.

De ahí que la biología, por lo crucial de la tenencia de los cuerpos ajenos, es el punto de partida de las relaciones económicas. El otro y no consanguíneo de uno puede ser poseído, directa o indirectamente, como premisa de toda capacidad para intercambiar uno. Desde este plano no hay intercambio sin biología. Lo que el cambio mercantil excluye como tabú es el acceso al cuerpo de los otros de la misma especie de uno para extraer de ellos, por antropofagia, tiempo y energía.

Pero ello tampoco cae fuera de la organización biológica: no existe venadofagia, cocodrilofagia, elefantofagia, y así por el estilo; lo alimentario sólo vincula a especies diferentes y la economía liga a individuos no consanguíneos, con capacidades distintas pero complementarias.

Lo mercantil, al exigir paz, no estructura vínculos amorosos. Definirlo significa señalar que expresa cómo los depredadores de una misma especie intercambian entre sí sus respectivas presas. Esto sin que exista, por parte de cada depredador interviniente, apropiación recíproca de tiempos y energías de los otros. No desde el mercado; sí desde el capital.

La historia no sale de ese plano, no puede hacerlo; lo social se escenifica en lo biológico, lo anexa, lo fusiona, lo despliega. La servidumbre y el asalariarse, desde esa perspectiva, son iguales.

Esto se vuelve visible cuando, en referencia al tener uno los cuerpos producidos por los otros, pero no los cuerpos de los productores, la Macroeconomía, define el capital de una nación como la parte de su riqueza productiva que aún tienen tiempo de uso y que es reproducible.

Multiplicable, en suma, pero jamás por sí misma, no sin los cuerpos de los hombres.

Obsérvese que este modo de definir capital separa la implicación de la tenencia por uno de los cuer-

pos producidos por los otros para hacer el cuerpo de los otros; al referirse a las cosas, y no a los sujetos, la Macroeconomía oculta las relaciones sociales de producción bajo las que se labora.

La biología no procede así; ella no separa nada, integra sus relaciones.

Todo objeto alimentario es un objeto vivo y, en consecuencia, es reproducible. Sólo lo vivo refiere al sexo con fecundación como una tabla de multiplicar. Y todo objeto que se alimenta por ser también otro objeto vivo, y que sigue vivo, es reproducible.

Por esto el consumo de lo que es reproducible por alguien que también es reproducible exige que la producción sea reproducible por cuanto el consumo de lo que es reproducible también debe ser reproducible.

Parece un trabalenguas, pero no lo es en realidad.

Usar el tiempo y la energía extraídos del cuerpo de los otros es gastarlos. Sobre esta base no hay que olvidar que se extraen siempre magnitudes finitas de tiempo y energía del cuerpo de los otros y por usarlos deben reponerse. Y dado que el consumo individual destruye todo objeto de consumo es imposible consumir el mismo objeto 2 y más veces. En consecuencia, para volver a consumir producción ésta exige ser reproducida, de lo contrario todo desaparecería.

Así lo reproductivo involucra tanto a la producción como al consumo.

Bajo esta circunstancia lo biológico, y lo histórico, aluden al consumo por la destructibilidad de los cuerpos producidos para sustentar las capacidades reproductivas de los cuerpos productores.

Esto como exigencia de que la producción de los cuerpos producidos tenga que ser, por demanda de la producción y del consumo, necesariamente reproducida, es todo.

Sin la reproducción del consumo personal ningún cuerpo productor está en capacidad de reproducir riqueza; además, solo los cuerpos vivos son cuerpos reproductivamente productores y consumidores.

Esto es lo que explica que el consumo individual y el capital productivo sean partes del concepto de riqueza; sus concatenaciones son insolubles. Son partes en interacción y no componentes que se suman. En el fondo, ambos atañen al hombre, el verdadero cuerpo productor.

En realidad, sólo la vida, en su conjunto, constituye un bien fértil, sentencia Attali.

El capital es un bien fértil por disponer, si y sólo si y como relación social de producción, de los cuerpos productores; los artefactos por sí solos no se reproducen ni se multiplican. Los automóviles, por caso, no tienen prole, ejemplificamos.

Pero definir riqueza y pobreza en relación a la cantidad de lo que se tiene, sea poca o mucha, oculta un significado esencial. No se trata de la condición de propiedad vista desde el Estado Nacional, sino de ésta pero observada como nexo esencial entre los individuos, objetos vivos en suma, a partir de los cuales es factible producir riqueza.

Hablar de salarios es referirse a una forma social e histórica específica de tener al otro y de ser tenido por el otro como premisa que organiza y hace posible la producción. Remuneraciones que pueden expresar magnitudes mayores o menores, en sus precios, y a partir de ellos, revelar cualidades colaterales atribuibles a sus magnitudes. La tenencia del cuerpo de los otros puede ser una tenencia con bondad o crueldad y reflejar, desde esta diferencia, una relación biunívoca con las magnitudes del salario. La remuneración alta con la bondad del tenedor, el estipendio bajo con su crueldad de trato. Cantidades que revelan contingencias sociales pero que no modifican la cualidad del salario: disponer uno del cuerpo de los otros.

La bondad o mezquindad respecto al nivel de los salarios sean impuestas, exigibles o voluntarias, no modifican un ápice lo referido. Los salarios deben tener una magnitud necesaria para diferir la muerte de los cuerpos de los asalariados, pero la cualidad que les atañe no depende de las cantidades aleatorias en que ellos puedan expresarse.

Tener-salarios significa para quién los paga el poder disponer del cuerpo de los otros iguales a él, para extraer de ellos y para sí, simultáneamente, tiempo, energía y riqueza.

Asalariado es aquél cuyo cuerpo en acción no le pertenece a sí mismo; es todo.

Es una perversión adjetivar la expresión cuantitativa de las relaciones sociales para borrar lo cualitativo que las identifica. Lo cierto es que cualquier valor que alcancen, sobre un rango definido de remuneraciones, no va a engendrar cualidades morales.

La semejanza de esto con la organización biológica no es casual; para estar vivo únicamente se puede

extraer tiempo y energía de los cuerpos ajenos; la similitud con el capital, en tanto que relación social para producir, está a la vista. Para formar riqueza y acumulación es preciso extraer tiempo y energía del cuerpo de los otros. Biología y Capital, vistos como sistemas de organización de la vida, natural y social, son, estrictamente amorales.

Es imposible extraer tiempos y energía de los cuerpos inactivos y del cuerpo de uno mismo para uno mismo; la organización de la naturaleza lo prohíbe. El capital siempre demanda la acción de los cuerpos ajenos y los individuos que integran las especies también: las gacelas no podrían ser cazadas por los leones si ellas no hubiesen previamente desplegado una actividad eficaz en producir el cuerpo que los leones toman; los trabajadores se educan, por su cuenta, para alcanzar la condición de trabajador asalariado.

Así, el punto de partida de estructuración del capital, por lo argumentado, es un presupuesto de la organización biológica basada en la tenencia de los cuerpos ajenos. Por esto es imposible obtener realizaciones sociales valiosas que no estén sustentadas en la biología. No hay otro marco de posibilidades. Todos actuamos para perseverar en la realidad.

A partir de esto lo que es observable alude a la diversidad de formas de estar en el mundo.

En Biología cada forma de vida es un modo de habitar el mundo; en la sociedad, no importa que forma de vida social la presida, sucede lo mismo. La mayor variedad, en ambas, se encuentra en las profesiones ejercidas. Ser un león es una actividad profesional pues se vive como tal. Ser un sembrador de arroz es otra manera profesional de ser y estar vivo. Cualitativamente no vemos diferencias. En biología la actividad profesional diseña el cuerpo del objeto vivo. En la sociedad no ocurre así, hay diseño de los nexos sociales y de las actividades concretas que desde ellos puedan demandarse; no hay cuerpos distintos, como miembros de una especie todos somos mellizos. Pero podemos advertir formas genéricas de permanecer. Hoy, por caso, vemos a los empresarios, quiénes disponen del cuerpo de los otros; miramos a los asalariados, cuyos cuerpos son tenidos por los otros; visualizamos a los pequeños productores independientes, quiénes evitan ser tenidos por los otros y advertimos a los desempleados, aquellos que demandan y exigen ser tenidos por los otros; se forja así una muy sumaria tipología.

Lo último, los desempleados, alude a una de las preocupaciones centrales de la Macroeconomía:

alcanzar el pleno empleo, objetivo imposible por lo que es normal en ella como su fundamento, la expansión del PIB; finalidad inhacedera sin la existencia de recursos ociosos. Y, a la vez, el desempleo revela la peor forma de estar en este mundo, precisa el concepto de riqueza y su contexto, lo constriñe. Pero configuran un espacio: reconocer vínculos de propiedad para producir en los nexos sociales de los individuos y nos obliga a reparar en que sin tales vínculos sociales la reproducción de la producción no se verificaría.

Por eso la primera expresión de la propiedad tuvo y tiene que ver con lo que se hace para tener.

Ello tiene un sentido de equilibrio: lo que yo hago es mío, lo que tú haces es tuyo.

Así el efecto alcanzado es doble.

En primer lugar, socialmente, la ganancia pertenece al poseedor de los cuerpos ajenos y deriva de la propiedad que él compromete en la producción; el salario pertenece a los cuerpos tenidos por los empresarios y se desprende del hacer de los cuerpos ajenos que han sido tomados por uno. En segundo lugar, hay una apariencia de igualdad entre ambos: cada uno recibe la parte que le corresponde por la propiedad que inserta o compromete en la producción; la acumulación originaria no aparece.

Así la toma del cuerpo de los otros, visible en biología, se oculta histórica y socialmente, más aún cuando al salir de la empresa el cuerpo tomado por el otro vuelve a ser de su dueño, transitoriamente, hasta el día siguiente.

De ahí que la pobreza parezca no surgir de los nexos productivos sino de algo ajeno a ellos: del tener poco. No del tener poco a partir de los nexos productivos bajo una condición social específica. La mirada va del sujeto a las cosas, no a la mediación socialmente productiva entre los sujetos. Así los desempleados son pobres por no tener lazos productivos; pobres por no tener a quién entregar su cuerpo para que lo tome, desgracia que forma una razón de ser a la Macroeconomía. A partir de ahí el Estado puede combatir la pobreza, entregar bonos y nombrarlos a su gusto. Decir bono de desarrollo humano es más elegante y engeguecedor que reconocerlos como bonos de la pobreza.

Sobre esta base todo causal de tener poco se explica por fallas institucionales no articuladas a las relaciones sociales productivas. Pobreza no sería entregar el cuerpo propio a otros para que éstos apropien el hacer de uno; esto no sería visible y

menos aún si se fuese remunerado con mucha bondad. Cuando no es así el tener poco aparece sujeto a la mediación productiva hasta que los salarios puedan bautizarse, por cualquier política, como dignos.

Ser tenido el cuerpo de uno por el otro, en biología, significa ser alimento del cuerpo del otro y morir para poderlo ser. Y, en economía, ser tenido el cuerpo de uno por el otro, no implica la muerte de uno por la acumulación del otro. En biología se pierde la vida pero no la libertad; en la sociedad tiende a ser lo contrario.

En realidad, salarios y beneficios expresan una relación biunívoca con la pobreza y la riqueza respectivamente; en tal lazo es que se estructura la distribución de la propiedad y de la producción. Y el tener, poco o mucho, como medio de diferenciar a los sujetos, como ricos y pobres, se manifiesta. Pero se evidencia en una dimensión muy precisa que define el ser rico o el ser pobre en el marco de las relaciones productivas que cobijen a ambos cuerpos.

Rico, precisa Mathieu, es quién tiene los medios para hacer vivir a los demás; pobre es quién no posee los medios para vivir por sí mismo. Rico es el fuertemente necesitado de los tiempos ajenos para poder ser tal y es pobre en cuanto a eso, plantea.

Así todos quiénes social e históricamente, dispongan, para ser productores, del cuerpo de sí mismos y que puedan existir así de manera independiente, aunque tengan poco o muy poco, están fuera de esas relaciones. Decir, por caso, que los Taramenani, un pueblo no contactado existente en el bosque amazónico, es pobre, por vivir con poco, es un contrasentido, esto por cuanto ellos están al margen de las relaciones productivas generadoras de riqueza y pobreza.

La Naturaleza no hace distinciones de este tipo entre sus especies y menos entre los individuos que las conforman, no hay leones ricos ni leones pobres; las relaciones sociales no yacen en las cosas aunque estas sean contenidas por ellas.

Así los conceptos aparecen definidos por la cualidad de las relaciones que problematizan o describen, y no precisamente por las magnitudes en que ellas puedan expresarse.

Por esto resulta imposible enfrentar y vencer a la pobreza sin abolir las condiciones sociales productoras del asalaramiento. No se trata de tener o recibir algo más sin dejar de ser asalariado. Lo que refiere NN. UU, como modo de definir la pobreza,

es una forma falsa, aún cuando la situación material de los pobres pueda ser mejorada desde el tener poco al tener algo más o menos poco.

Falsa porque disocian el salario del tener poco y porque atienden el tener poco sin afrontar el asalaramiento o la falta de él

El desempleado, cuyo cuerpo no es tenido por nadie, no es pobre porque no tenga ingresos; es indigente por cuanto no puede llegar, ni siquiera, a ser pobre. Esto porque las condiciones sociales de distribución de la riqueza y/o de desarrollo de la producción, hoy, no demandan tomar tantos cuerpos como antes.

Entregar la propiedad de empresas a sus trabajadores no es hacer a éstos ni ricos ni pobres. Es colocarlos, colectivamente, en una condición similar a la del artesano. Es, pese a seguir estando sujetos al mercado, extraerlos de las relaciones sociales productoras de riqueza y pobreza, al menos transitoriamente.

Por tanto, el combate a la pobreza únicamente puede consistir en arrancar a los individuos de las relaciones sociales que la generan. Es hacer que ellos tengan el control de sus propios cuerpos para producir y que no sean tenidos por los otros. No se refiere a tener sino a no tener, a salir de las relaciones de propiedad desde las cuales los cuerpos pueden ser poseídos por sus no propietarios.

Transferir, por diversidad de razones o motivos socialmente legítimos, parte del presupuesto estatal para pagar ingresos por cuidado o maternidad y con el fin de potenciar accesos al mercado como compradores, no atiende sólo a los subsidiados, también se apoya al beneficio al facilitar el acceso a los mercados; tal política no toca a las relaciones sociales productivas. Y menos aún lo hará al poder reconocer que la producción social no desprecia los subsidios estatales.

En consecuencia combatir el tener poco, no es erradicar la pobreza si ésta es definida por la tenencia del cuerpo de uno por otros.

“El pobre es indispensable para la conquista del poder, la propaganda, la recolección de fondos y fructíferas carreras personales; o en todo caso para la comodidad intelectual y moral. Suprimir eficazmente la pobreza sería a largo plazo destruir una materia prima irremplazable”, escriben, Paternot y Veraldi, y no es una casualidad esta postura.

No lo es; la creación de ahorro y acumulación se ha asentado, por siglos, en la formación de pobreza

para generar riqueza; ha tenido su vía preferida, ahorrar por la ruta de contraer los costes de producción al reducir la significación de los salarios en él, pero no es ni ha sido el único camino; se puede ahorrar también por la vía de lo que Marx llamó capital constante.

En todo caso, la existencia de ahorros en la producción que se traducen en precios menores, suponen, de conjunto, que para producir y vivir se necesite menos. Y si pensamos tal condición como norma de organización de la producción, veremos una orientación de la producción social que aunque esté incubada en los nexos entre salarios y ganancias, no se refiere a ambos.

Hablamos de una orientación de la producción y del consumo individual, que Senge llama la revolución necesaria, y encaminada a necesitar menos recursos, menos materialidad.

Un necesitar menos de la producción que converge con el tener poco uno, suavizándolo, y cambiando su cualidad.

Hablamos de un desarrollo de las relaciones entre pobreza y riqueza opuesto al desarrollo de los lazos entre riqueza y pobreza; el crecimiento ha empezado a ser, en la teoría, sustituido por el decrecimiento, el tener más por el necesitar menos. El transporte público, un vehículo para muchas personas, frente al transporte privado, prácticamente un vehículo por persona, es por sí mismo más barato. Un buen transporte público permite no desear transportes privado, hace factible ahorrar recursos y, en consecuencia, desear menos como sociedad e individuos. Y si este transporte se ofreciera a precio cero, haría posible que, individualmente, se desee aún menos; no sería necesario que el salario contenga el precio del transporte si este precio no existe; ejemplificamos.

Un desear menos que emerge del desarrollo del ahorro a través de las relaciones entre pobreza y

riqueza, pero que no se limita a ellas y que también se contiene, globalmente, en el decrecimiento de las tasas de fecundidad y luego de la magnitud de las poblaciones humanas, un tener menos hijos por la mayor eficacia y eficiencia alcanzada por el motor demográfico. Es raro hoy que los hijos mueran antes que los padres. También se ha vuelto innecesario el tener muchos hijos para ganar la seguridad, por una mayor cantidad de nacimientos, de que unos cuantos sobrevivan.

Tener menos hijos, tener menos población y demandar menos energía y recursos materiales para producir, todo a la vez, es liberar a parte de la circulación de masa y energía de tener que dirigirse hacia nosotros; premisa de recuperación de la biodiversidad.

Es como si de algún modo desapareciésemos nosotros; es poseer una Tierra con más humanidad pero con menos humanos.

Curioso epílogo éste, un tránsito de la historia que, de lleno, nos lleva hacia la biología, hacia la extinción de la macroeconomía como enfermedad mortal del hombre, hacia la salida de éste de la condición de pobre hombre, hacia la negación del tener más como expresión de conducta individual por su opuesto, el desear y tener menos equipaje, y hacia el sustento de la libertad individual sobre la base de tal premisa.

Tener lo que se hace se vuelve aquí el poder hacer que se desee menos; el desarrollo de la producción, del conocimiento y de la técnica ha estado ligado a ello y hoy tal cuestión es harto visible.

Así resulta que los pueblos no contactados, individuos libres de las relaciones entre riqueza y pobreza y, por lo demás, habituados a desear y necesitar poco, nos ofrecen, conceptualmente, la cualidad del futuro, el horizonte del desarrollo productivo para sobrevivir o perseverar en la realidad como especie biológica.

**Econ. Carlos León González**  
*Docente Facultad*  
*Universidad de Guayaquil*  
*Email: legoncar@yahoo.com*